

1885, contaba con censo aproximado a los 1764 habitantes. Aunque su población tradicionalmente se había ocupado en las labores agrícolas, por esta época la mayoría de su vecindario se encontraba trabajando en las fábricas de papel y harina que tenían los señores Gosálvez, quedando relegada la agricultura a ser una actividad secundaria y complementaria para la mayoría de las economías familiares<sup>5</sup>.

La escasa producción agrícola se reducía fundamentalmente al cultivo de la vid, algún aceite, azafrán y, sobre todo, a la obtención del zumaque. Las aguas del Júcar, que irrigaban las huertas de su ribera, proporcionaban al vecindario una producción hortofrutícola de tipo familiar y permitían la instalación de algunos molinos harineros, de zumaque y prensas de aceite, aunque, como queda dicho, la mayoría de los ingresos de su población procedían del trabajo como asalariados en la fábrica de papel<sup>6</sup>.

Los servicios municipales eran mínimos; se reducían prácticamente a dos escuelas para niños, un matadero, un puesto de carnicería, un cementerio próximo al casco urbano, y algunos otros cuyas condiciones higiénicas eran bastante precarias y llenaban de inquietud al facultativo local, pues, según nos informa, el gobierno municipal apenas les destinaba los recursos ni las atenciones necesarios.

El autor también tiene un reflejo de intimidad en las páginas de su obra, dejando deslizar en ellas numerosas notas autobiográficas. Nos dice que era natural de Villalgordo, donde había nacido en el año 1846, y que *“en el año 1857, teniendo once años me marché del pueblo al que no volví hasta 1872, con estancia en él de unos cinco meses...”*. Corto período en que —según sigue afirmando— tuvo numerosos enfrentamientos con las autoridades locales a causa de sus opiniones y de su conducta en el ejercicio de su profesión, viéndose obligado por ello a solicitar su renuncia a la plaza, tras lo cual tuvo que trasladarse a Quintanar del Rey en busca de trabajo, pueblo en el que permaneció como titular hasta que volvemos a encontrarlo de nuevo ejerciendo en Villalgordo.

De regreso a su patria chica contrató sus servicios con los titulares de la fábrica de papel cercana a la población, empleo del que pronto sería despedido, viéndose empujado a ejercer la medicina en consulta libre.

Haciendo gala de una gran libertad ideológica, que sustentaba en su condición de hombre de ciencia, junto a su independencia política, fueron los dos cimientos en que se apoyó Don Tomás Valera para plantear su lucha contra las autoridades locales y provinciales, en su intento de conseguir algunas mejoras sociales para las clases más menesterosas y desprotegidas del mundo rural.

Convencido seguidor de los grandes higienistas de su tiempo (Seoane, Pedro Felipe Monlau, J. Salarich, J. Gine Partagás, Membiela y otros), Don Tomás

<sup>5</sup> VALERA Y JIMÉNEZ, Tomás. *Breve reseña de una pequeña epidemia de cólera-morbo asiático en Villalgordo del Júcar con antecedentes y consiguientes*. Albacete. 1885.

<sup>6</sup> *Ibidem*.